

Dentro él sin contestar se precipita  
Y la mirada de la niña evita,  
Salpicando de sangre la escalera.

Subió tras él la pobre acongojada,  
Y la puerta tras ella asegurando,  
« Traéis sangre, Don Juan, » dijo aterrada,  
Mas Don Juan si la oyó siguió callando,  
Su roja espada ante la luz limpiando.  
Mudó despues de gola y de vestido,  
Se lavó, se enjugó, y echando al fuego  
El de sangre teñido,  
Sentóse ante la llama con sosiego  
Diciendo con acento decidido :  
« Margarita, á la aurora  
Es preciso partir.

— ¿Dónde?

— Lo ignoro,

Abandonar la corte por ahora  
Es lo esencial no mas, en esta casa  
No es posible vivir.

— ¿Pero qué pasa?

— ¡Oh! no es para subirse á los tejados,  
No es lo que viene ni un leon ni un toro,  
Poca cosa, señora,  
Teniendo libertad, audacia y oro.  
— Hablad, Don Juan, mi amor es infinito.  
Nada es mi vida si salvar la vuestra  
Logro con ella. Y lo que vi me muestra  
Que vos necesitais...

— ¿Yo? ¿qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.  
Y serenad por Dios esa pavura  
Que en el rostro mostrais, porque á fé mia  
Que el asunto no es cosa, estando á punto  
Tan cerca el oro y tan vecino el dia.  
Oídme en dos palabras, Margarita,  
Y os contaré el suceso.  
Ya á Don Gonzalo conocias.

— Eso

Bien lo sabeis.

— Tenia una maldita  
Cabeza el tal y la perdió esta noche,  
Mas bebió con esceso  
Y no es extraño que perdiera el seso.  
— ¿Pero en fin qué es el caso?  
Que me teneis violenta.  
— Mehabló de vos y aunque detrás de un vaso  
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto  
Que al contestarle yo, por un fracaso  
Le entré el estoque por mitad del busto,  
Y el alma se le fué tan de carrera  
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.  
— ¿Le matásteis? Don Juan ¡sois un malvado!  
— Tal vez tengais razon : mas bien mirado,  
Como si no le mato al fin me mata,  
En matarle sali muy bien librado,  
Que el caso era durillo hablando en plata.  
En fin, bien está así, y pues ya esclarece,

Si no quereis hablar con la justicia  
De lo que á Don Gonzalo pertenece,  
Venid conmigo y adelante vamos.  
— Pues que remedio no hay, Don Juan,  
partamos.

— Pues echaos ese oro en el bolsillo  
Y vamos á buscar un par de potros,  
Que como en campo libre nos veamos  
Maldito si da el diablo con nosotros. »

Y hablando así con gravedad resuelta,  
Cerró el cuarto Don Juan, tiró la llave,  
Y en dos caballos cuyo brio sabe  
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino,  
Al despertar la niña una mañana  
De una posada en una alcoba, vino  
Al ruido de su voz una villana,  
Y á tal punto entre dama y posadera  
Diálogo se entabló de esta manera :

Posadera. Dios guarde á su merced.  
¡ Hermoso dia!

Margarita. ¡ El os proteja, madre! ¿Te-  
neis hora?

Posadera. No parece que sois madruga-  
dora.

Margarita. Pues ¿qué hora es?

Posadera. Es casi medio dia.

Margarita. ¡Medio dia!

Posadera. ¿Quereis el desayuno?

Margarita. Si : mas hacedme la bondad  
primero

De decirle la hora al compañero,  
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

Posadera. Pero ¿de quién hablais?

Margarita. Del caballero  
Que ocupa ese otro cuarto.

Posadera. No hay ninguno.

Margarita. ¿Cómo no?

Posadera. El pasajero que ahí habia...

Margarita. Que vino ayer.

Posadera. Con vos.

Margarita. Precisamente.

Posadera. Montó á caballo al despuntar  
el dia.

Margarita. No puede ser.

Posadera. Miradlo.

Margarita. ¡Dios clemente,

Partió sin mí!

Posadera. Yo me creí, señora,  
Que erais de su partida sabedora.

Margarita. ¿Yo? ¡justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento  
Desplomóse en mitad del aposento.

Gritó la posadera, entró la gente,  
Se murmuró la historia comentada  
Por el curioso vulgo maldiciente,  
Y cuando en sí volvió la desdichada,  
Solo encontró á su lado  
Un hidalgo que acaso acompañado  
De su mujer viajaba,  
Quien, viendo su hermosura, condolida  
Guardarla quiso la honra con la vida.  
« Pobre jóven, la dijo aquella dama,  
Cobrad valor, no os deis tan por perdida.  
¿A donde quereis ir? »

Margarita. ¿Donde, señora?  
Saberlo me pluguiera,  
Yo iria solamente donde él fuera.

¿Sabeis de él?

La Dama. ¿Quién es él?

Margarita. Ese viajero  
Que salió con el alba.

La Dama. ¿Un caballero

Mozo y galan?

El Caballero. ¿Sobre un caballo overo?

Margarita. El mismo, justamente.

La Dama. ¿Es de vuestra familia?

Margarita. ¿De mi familia? No precisa-  
mente,

Pero si yo supiera su destino...

La Dama. Dijo que de su casa iba camino.

¿Sabeis su casa vos?

Margarita. Sí, es en Palencia.

La Dama. Hasta Dueñas venid, si os acom-  
moda,

En nuestra compañía, y diligencia

Para que os lleven á Palencia haremos,

De la mejor manera que encontremos.

Margarita. ¡Ay señora, quien quiera

Que seais...!

El Caballero. ¡Levantad, por vida mia!

Cualquier noble español lo mismo haria.

Ea, venid, que enganchen y partamos.

La Dama. Enjugad esas lágrimas y vamos.

Y tomando la mano el caballero  
De la infeliz y triste Margarita,  
Dejaron al momento la posada,  
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

## IX.

## AVENTURA TRADICIONAL.

¿Dó irá la tórtola amante  
Sino tras su amor perdido?  
¿Donde irá mas que á su nido  
Y al bosque en que le dejó?  
¿Donde irá su pensamiento  
Ni la llevará el destino

Si no sabe otro camino  
Que el solo en que se estravió?

¡Ay! ¿donde irá Margarita  
En su ciega inesperienza,  
Donde irá sino á Palencia  
Dó tal vez está Don Juan?  
¿Porque quién logrará nunca  
Con descaminado intento,  
Que el humo no busque al viento,  
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde  
De junio, seca y nublada ;  
De un convento en la portada  
Sobre el gastado escalon  
Una muger se veia,  
Como esperando el momento  
En que abrieran del convento  
El entornado porton.

A través de un velo espeso  
Con que el semblante cubria,  
Los ojos fijos tenia  
Con constancia pertinaz  
En el balcon de una casa  
Situada frente por frente,  
Donde no asoma un viviente,  
Por mas que mira, la faz.

Y la muger sin embargo  
Aquel balcon contemplaba  
Como quien algo esperaba  
Que apareciera por él.  
Y el balcon siempre cerrado  
Y solitario seguia,  
Y á abrirsele no venia  
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia pues á tal hera  
Tal muger y tiempo tanto,  
Mirando con tal encanto  
Aquel cerrado balcon?  
¿Será cita? — Es imposible.  
No hay mas que un hombre en la casa  
Que de años setenta pasa,  
Que es un Don Gil de Alarcon.

¿Serán celos? — ¡Qué locura!  
¿Quién, ni de quién los tuviera  
Si por una y otra acera  
La calle ocupan no mas  
La casa del viejo hidalgo  
Y de Jesus el convento?  
¿Será espera? — A tal intento  
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche  
Se oscurece y encapota,  
Y la lluvia gota á gota  
Pronostica el temporal,

Y se oye al lejos el viento  
Que en ráfagas cruza errante,  
Y va del turbion delante  
Con el mensaje fatal.

Y la muger, sin moverse  
Ni hacer de la lluvia caso,  
Del escalon no da un paso  
Siempre mirando al balcon.  
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?  
Fatídica así ¿qué augura  
Su misteriosa figura?  
¿Es ente real ó es vision?

¡Ay pobre amante olvidada!  
Ay infeliz Margarita!  
¡Quién comprenderá tu cuita  
Ni compasion te tendrá!  
Tú esperas, los tristes ojos  
En ese balcon fijando,  
Y en vano estás aguardando  
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura  
Es prenda que con envidia  
El cielo dió, y con perfidia  
Por castigo á la muger,  
Y que quien cifra sobre ella  
El bien del amor ajeno,  
No acierta mas que veneno  
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,  
Y en *él* esperas por eso,  
Cuando *él*, por un solo beso  
De cualquier nueva beldad,  
Te viera espirar de angustia  
Sin que le hubiera ocurrido  
Darte un adios ni aun fingido  
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,  
Revienta el cóncavo trueno,  
Y se desgaja de lleno  
El espantoso turbion;  
La calle se inunda en agua,  
La noche cierra y los hombres  
Invocan los santos nombres  
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada,  
Buscando asilo seguro,  
Acogióse al templo oscuro  
Y se amparó del altar:  
Y al postrarse ante él humilde,  
Allá dentro de su mente,  
Mil recuerdos de repente  
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,  
Ella bordó aquella toca.

En aquella cruz su boca  
Puso mil besos y mil;  
Aquella alfombra en su tiempo  
Delante del coro estaba....  
Toda su vida pasaba  
Por ella en sueño febril

Toda en ilusion fantástica  
Su antigua y pura existencia  
Venía con su inocencia  
Su corazon á asaltar,  
Y dentro del pecho cándido  
Ir saliendo le sentía  
De la penosa agonía  
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos  
Poco á poco iba encontrando,  
Poco á poco iba olvidando  
La belleza de Don Juan;  
Hasta que en santa tristeza  
Su alma inocente embebida,  
Suspiró por otra vida  
Sin bullicio y sin afán.

La soledad de su celda,  
El rumor santo y sonoro  
De sus rezos en el coro,  
Y la paz de su jardin,  
El consuelo de una vida  
Con Dios á solas pasada,  
De amor y mundo apartada,  
Que son delirios, al fin,

Todo en tropel presentóse  
A sus ojos tan risueño,  
Tan sabroso y halagüeño,  
Tan casto y tan seductor,  
Que en llanto de fé bañada  
Dijo: « ¡Ay de mí! ¿quién pudiera  
Volverme á mi vida austera,  
Y á otro porvenir mejor? »

En esto allá por el fondo  
De una solitaria nave,  
Con paso tranquilo y grave  
Vió Margarita venir  
Una santa religiosa,  
Cuyo rostro no veía  
Por una luz que traía  
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse  
Tal vez la reconociera,  
En su manto de manera  
Margarita se envolvió,  
Que aunque de la monja incógnita  
Los pasos cerca sentía,  
Ella apenas la veía  
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,  
Y Margarita, al mirarla,  
Estrañó no recordarla  
Ni su faz reconocer.  
« Será novicia (se dijo),  
« Habrá al convento llegado  
« Desde que yo le he dejado,  
« No puede otra cosa ser. »

La monja en tanto seguía  
Los altares arreglando,  
Y la seguía mirando  
Margarita por detrás;  
Y hallaba en todo su cuerpo  
Un *no sé qué* de estrañeza,  
Que aumentaba su belleza  
Cuanto la miraba mas.

Habia cierto aire diáfano,  
Cierta luz en sus contornos,  
Que quedaba en los adornos  
Que tocaba por dó quier;  
De modo que en breve tiempo  
Que anduvo por los altares,  
Viéronse en ellos millares  
De luces resplandecer.

Pero con fulgor tan puro,  
Tan fosfórico y tan ténue  
Que el templo seguía oscuro  
Y en silencio y soledad:  
Solo de la monja en torno  
Se notaba vaporosa,  
Teñida de azul y rosa  
Una estraña claridad.

Llegaba hasta Margarita,  
A pesar de la distancia,  
De las flores la fragancia  
Que ponía en el altar,  
Y ó un inefable sueño  
La embargaba los sentidos,  
O escuchaban sus oídos  
Música al lejos sonar.

Y aquel concierto invisible,  
Y aquel olor de las flores,  
Y aquellos mil resplandores,  
La embriagaban de placer;  
Mas todo pasaba en ella  
Tranquila y naturalmente,  
Canabiéndola interiormente,  
Regenerando su sér.

Olvidó la hermosa niña  
Sus pasadas amarguras,  
Sintió en sí castas y puras  
Mil intenciones bullir,  
Mil imágenes de dicha,  
De soledad y de calma

Que pintaron en su alma  
Venturoso un porvenir.

Su vida era en aquel punto  
Un éstasis delicioso,  
Era un sueño luminoso,  
Un deliquio celestial;  
Un dulce anonadamiento  
En que nada la oprimía,  
Y en donde nada sentía  
Profano ni terrenal.

Solo quedaba en el alma  
De Margarita un intento,  
Un impulso, un sentimiento  
Hacia la monja de amor,  
Que á su pesar la arrastraba  
A contemplarla y seguirla,  
A distraerla y pedirla  
Consuelos á su dolor.

Pues siente que es, Margarita,  
Un talisman su presencia  
Necesario á su existencia  
Desde aquel instante ya;  
Y su recuerdo divino  
Es á su dolor secreto,  
Un misterioso amuleto  
Que fé y religion la da.

Y en ella fijos con ansia  
Los ojos y el pensamiento,  
La gloria por un momento  
En su delirio gozó,  
Mientras aquella divina  
Aparicion deliciosa  
De la bella religiosa  
Ante su vista duró.

Tomó al fin su luz la monja,  
Y por la iglesia cruzando  
Pasó á su lado rozando  
Con sus ropas al pasar,  
Y sin poder Margarita  
Resistir su oculto encanto,  
Asióla al pasar del manto,  
Mas sin fuerzas para hablar.

« ¿Qué me quereis? » con acento  
Dulcísimo preguntóla  
La monja. « ¿Me dejais sola,  
Dijo Margarita, así?  
— Si no teneis mas amparo,  
Contestó la religiosa,  
En noche tan borrascosa,  
Venid al claustro tras mí.

— ¡Oh! ¡imposible!  
— Si os importa  
Hablar con alguna hermana  
Volved si gustais mañana.

— Yo hablara...  
— ¿Con quién?  
— Con vos.  
— Decid pues.  
— No sé qué empacho  
La voz al hablar me quita...  
¿Cómo os llamais?  
— Margarita.  
— ¡El mismo nombre las dos!  
— ¿Así os llamais?  
— Sí, señora,  
Y en otro tiempo yo era...  
¿Qué oficio tenéis?  
— Tornera.  
— ¡Tornera! ¿cuanto tiempo há?  
— Cerca de un año.

— ¡De un año!  
— Diez llevo en este convento  
Y en este mismo momento  
Cumpliendo el décimo está. »

Quedó Margarita atónita  
Su misma historia escuchando,  
Y el tiempo á solas contando  
Que oyó á la monja marcar.  
Su mismo nombre tenia,  
Y su misma edad, y era  
Como ella un año tornera,  
Y diez monja... ¿qué pensar?

Alzó los ojos por último  
Margarita á su semblante  
Y de sí misma delante  
Asombrada se encontró;  
Que aquella ante quien estaba  
Su mismo rostro llevaba,  
Y era ella misma... ó su imagen  
Que en el convento quedó.

Cayó en tierra de hinojos Margarita  
Sin voluntad, ni voz ni movimiento,  
Prensado el corazón y el pensamiento  
Bajo el pié de la santa aparición;  
Y así quedó, la frente sobre el polvo  
Hasta que el eco de la voz sagrada  
A el alma permitió purificada  
Ocupar otra vez su corazón.

Entonces envolviéndola en su manto,  
Su cabeza cubriendo con su toca,  
El dulce acento de su dulce boca  
Dijo á la absorta Margarita así :  
« TE ACOGISTE AL HUIR BAJO MI AMPARO  
Y NO TE ABANDONÉ : VE TODAVÍA  
ANTE MI ALTAR ARDIENDO TU BUJÍA :  
YO OCUPÉ TU LUGAR, PIENSA TU EN MÍ. »

Y á estas palabras retumbando el trueno,  
Y rápido el relámpago brillando

Del aire puro en el azul sereno  
Se elevó la magnífica vision.  
La reina de los ángeles llevada  
En sus brazos purísimos huía,  
Y á Margarita huyendo sonreía  
Que adoraba su santa aparición.

Sumióse al fin del aire trasparente  
En la infinita y diáfana distancia,  
Dejando en pos suavísima fragancia  
Y rastro de impalpable claridad :  
Y al volver á su celda Margarita,  
Volviendo á sus afanes de tornera,  
Tendió los ojos por la limpia esfera  
Y no halló ni vision, ni tempestad.

Corrió á su amado altar, se hincó á adorarle  
Y al vital resplandor de su bujía  
Aun encontró la imagen de María,  
Y sus flores aun sin marchitar,  
Y á sus piés despidiéndose del mundo  
Que en vano su alma devorar espera,  
Vivió en paz MARGARITA LA TORNERA  
Sin mas mundo que el torno y el altar.

## APÉNDICE

A

## MARGARITA LA TORNERA.

FIN DE LA HISTORIA DE D. JUAN Y SIRENA  
LA BAILARINA.

I.

A deshora de una noche  
Y á la entrada de una calle  
Nublada y oscura aquella,  
Esta solitaria y grande,  
Aquella escasa de luces,  
Y esta escasa de habitantes  
Pues que solo entre un convento  
Y un caseron viejo se abre,  
Venía sobre un caballo  
Un hombre que á tientas sabe,  
Sin duda, el sitio que pisa,  
Pues va sin ver adelante.  
Anduvo cincuenta pasos,  
Y del caballo apeándose,  
Dió en la puerta dos seguidas  
Aldabadas formidables.  
Sonaron primero en ella,  
Después en las cavidades  
De lo interior retumbaron  
Y al fin las devoró el aire,  
Pasaron tras de los golpes

De silencio unos instantes,  
Hasta que de una ventana  
Se alumbraron los cristales.  
Apareció detrás de ellos  
Una sombra vacilante  
Al reflejo de una luz,  
Y tras esto desdoblándose  
Las dos hojas de los vidrios,  
Con acento lamentable  
Dijo una vieja : « ¿Quién llama? »  
Y el que llamó dijo : « ¡Abre!

— ¿Qué queréis?  
— Abre, demonio,  
¿No me conoces? que baje  
Damian por este caballo.  
— ¡El es! ¡Jesucristo valme!  
Dijo la muger en lo alto,  
Y la ventana cerrándose,  
Abrióse al punto la puerta,  
Y á oscuras quedó la calle.

En una apartada alcoba  
De su casa de Palencia,  
Sin otro mal ni dolencia  
Que el exceso de su edad,  
Don Gil de Alarcon, á solas  
Con su confesor, espera  
Su cercana hora postrera  
Con calma y serenidad.

Hombre sin vicios que roen  
La vida y la menoscaban,  
Los días solo le acaban  
Que ya han pasado por él,  
Que es el tiempo una carcoma  
Que todo á traicion lo mina,  
Y con mano igual arruina  
La cabaña y el dosel.

Y aunque en paz con su conciencia  
Muere Don Gil, buen cristiano,  
Aun hay un recuerdo humano  
Que le angustia el corazón :  
Hay una idea rebelde  
Con fuerza á su mente asida  
Que lucha, no con su vida,  
Mas sí con su religion.

Un hijo ¡ay Dios! que tenia,  
Por quien se afaná viviendo,  
Y por quien llora muriendo  
Y que lejos de él está :  
Y al Dios en quien cree suplica  
Que por piedad le conceda  
Un punto en que verle pueda  
Por la vez postrera ya.

El pobre padre impelido  
Por su amor y sus virtudes,

Las negras ingratitudes  
Olvida de su Don Juan,  
Y darle el último abrazo,  
Darle el último consejo  
Es no mas del pobre viejo  
El acongojado afán.

« Padre, al confesor decia,  
Padre, me acosa una idea.  
— ¿Cuál es?

— Que mi hijo me crea  
Con él airado al morir.  
Nunca otro fin me propuse  
Que su bien y su fortuna,  
¡Mas no hay esperanza alguna  
En que poder consentir!

En busca de los deleites,  
Mozo á los deleites dado,  
Él se partió de mi lado  
Y acaso teme volver.  
Acaso teme el enojo  
De su padre que le adora.  
¡Ay Dios! en la última hora  
¿Qué puede de mi temer?

Solo quisiera, os lo juro,  
En este trance tremendo  
Poder echarle muriendo  
Mi paternal bendicion.  
No hay locura que no olvide,  
Dolor que no le perdone,  
Ni recuerdo de él que enconce  
La ira en mi corazón. »

Así decia el buen viejo,  
De su Don Juan acordándose,  
Cuando Don Juan arrojándose  
En sus brazos exclamó :  
« Ya estoy aquí, padre mio,  
« Ya estoy ante vos de hinojos,  
« Tornadme, padre, los ojos  
« O muero de angustia yo. »

Y ambos á dos tiernamente  
Padre é hijo se abrazaban,  
Y ambos á dos sollozaban...  
¡Cosa triste de mirar!  
Lloraba el padre de gozo,  
Lloraba el hijo de duelo,  
El dolor con el consuelo  
Los dos gustando á la par.

Perdon le pedia el hijo  
Y le estrechaba asintiendo  
El viejo, que al fin cayendo  
Sin fuerzas le dijo así :  
« Hijo, levanta y escucha  
Mis postrimeros acentos,

Que tengo pocos momentos  
Para disponer de mí. »

Sentóse á su lado el hijo  
Y á solas los dos quedando  
Así el padre siguió hablando  
A su fin próximo ya :  
« Juan, voy á darte mi última  
Prueba de amor y quisiera  
Que esta voluntad me fuera  
Bien cumplida.

— Lo será.

— Tuyo es cuanto yo poseo,  
Sin mas condicion que una,  
Y Dios, Juan, te dé fortuna  
Para gozarlo sin mí.  
¿Me juras obedecerme?  
Responde, Juan, porque siento  
Que se me arranca el aliento.  
¿La cumplirás?

— Padre, sí.

¡Por cielo y tierra os lo juro!  
— Pues bien, junto á Torquemada,  
En tu herencia vinculada  
Una casita hallarás  
Cercada de un huertecillo;  
Allí, Juan, mi cuerpo entierra,  
Y esta casa y esta tierra,  
Juan, no la vendas jamás.

Si algun día (y nunca llegue)  
Tus dispendiosas locuras,  
O imprevistas desventuras  
Te roban cuanto te doy,  
Ven á mi tumba escondida,  
Que en mi sepulcro al postrarte  
Mi sombra saldrá á ayudarte...  
Y á Dios, Juan, que á morir voy!

— ¡Padre!

— ¡Adios, Juan, hijo mio!

Siento que estoy espirando,  
Adios... y haz lo que te mando,  
Porque Dios te ayudará. »  
Y esto dicho inclinó el padre  
Hacia su hijo la cabeza  
Y él la besó con ternura...  
Pero no existía ya.

Tornóse desde este punto  
Aquel oculto aposento  
Solitario monumento  
De un justo que en paz murió.  
Huyóse el alma á los cielos,  
Y el vivo que allí quedaba  
Al Dios se la encomendaba  
Que ante su sér la llamó.

Y ya próximo al ocaso  
El sol del día siguiente  
Turba enlutada de gente  
Se vió á Palencia volver,  
Y tras de todos un hombre  
Que en pié en mitad del camino  
Quedó el lugar por dó vino  
Estudiando al parecer.

Cerró la noche, y la sombra,  
Su denso manto tendiendo  
Y á su mirada impidiendo  
La distancia penetrar,  
Apartar le hizo la vista  
De lo que estaba mirando,  
Y las espaldas tornando  
Viósele en Palencia entrar.

Mas todos, desde aquel día  
Al campo este hombre salía  
Y del campo se volvía  
Poco antes de oscurecer,  
Y ante las puertas llegando,  
Los ojos atrás tornando,  
Quedábase atrás mirando  
Mientras alcanzaba á ver.

## II.

Todo en la tierra pasa,  
Todo muere, se estingue ó se deshace :  
El duelo y el placer tienen su tasa  
Del hombre breve en la existencia escasa,  
Flor que se agosta con el sol que nace.  
Queda el dolor un día  
Dentro del corazón mas amoroso  
En lenta y profundísima agonía,  
Pero calma el dolor mas riguroso  
Y el que mas implacable parecía.  
Que así va nuestra vida

Caminando entre gustos y dolores,  
Como fuente silvestre que escondida  
Por el sombrío bosque va perdida  
Zarzas bañando y campesinas flores.

Así Don Juan, con la memoria triste  
Del cariñoso padre acongojado,  
Vivió con su memoria  
En soledad un tiempo retirado,  
En jornada diaria  
Visitando su tumba solitaria.  
Mas sintiendo ceder su amargo duelo  
Y el alma serenarse cada día,  
Volvió á la sociedad, y halló consuelo  
En lo que un tiempo su placer tenía ;  
Y el consuelo por puntos aumentando  
Se iba por puntos en placer tornando.  
De su dolor testigos,  
Con respetuosas chanzas y caricias  
A cercarle volvieron sus amigos,

Y el claro sol al despuntar mañana  
Que fuera nos encuentre de Castilla. »

¿Qué distancia en Don Juan menester era  
Para obrar y pensar de una manera?  
Todo era en él lo mismo. En un momento  
Arregló sus negocios  
Conforme al concebido pensamiento,  
Y á las diez poco mas de una mañana  
Salió sobre una yegua jerezana  
Mas ligera que el viento,  
Y tres dias despues desde la altura  
Del cano Guadarrama  
De Madrid contemplaba la llanura,  
Donde sus nieves pródigo derrama.

## III.

### AVENTURAS DE NOCHE Y DIA.

En aquel mismo aposento  
De la casa de Sirena  
En que trabó Don Gonzalo  
Con Don Juan una pendencia,  
Tienen ahora trabada  
Plática amorosa y tierna  
La ambiciosa bailarina  
Y Don Lope de Aguilera.  
Ya sabes, lector discreto,  
De muy atrás quien es ella ;  
Voy pues á darte noticias  
Del galán que hoy la corteja.  
Es Don Lope un mozo ilustre  
A quien de la edad mas tierna  
Sus padres en Salamanca  
Dedicaron á las letras.  
Aplicóse él de tal modo  
O lo hizo de tal manera,  
Que se plantó la golilla  
De años veinte y dos apenas.  
La curia escandalizóse  
De tan imberbe colega,  
Teniendo á menos el lado  
Con justísima vergüenza.  
Murmuraron los doctores,  
Y alborotóse la audiencia ;  
Mas él les tapó la boca  
Con su suerte y sus riquezas.  
Presentóse el noble mozo  
Con impávida insolencia  
Al tribunal, despachando  
Sus negocios con franqueza,  
Y sus buelillos de encaje,  
Y sus hebillas con perlas,  
Y sus pages ataviados  
Con magníficas libreas,  
Apagaron los murmullos  
É hicieron al fin domésticas  
Las voluntades agrestes

Y se iba á su presencia despertando  
Su corazón, sediento de delicias.  
Volvió á reír Don Juan, volvió á sus ojos  
La viva luz del gozo y la esperanza,  
Volvió la soledad á darle enojos  
Y su opulencia le tornó á la holganza.  
Sus administradores  
Cuentas á darle con afán vinieron  
De la herencia feraz de sus mayores  
Y á sus ojos pusieron  
Sus pingües rentas, por Don Gil dobladas,  
Con mil cuidados y con mil sudores.  
Tendió Don Juan los ojos satisfechos  
Por el risueño porvenir, y el mundo  
Halló tal vez con límites estrechos  
A su deseo libre y vagabundo.  
« ¿De qué me sirve, dijo, esta opulencia,  
Estos montones escondidos de oro  
Si en la oscura y pobrísima Palencia  
No me sirve de nada mi tesoro?  
¿He de gastar en mantas mis doblones  
O he de hacer de continuo á mis queridas  
Regalos de peludos bayetones?  
¿Quedarán vive Dios agradecidas!  
Murió mi padre, ¿dueñeme á fé mia!  
Pero no es menos cierto  
Que yo también me moriré algun día ;  
Y si la vida á divertir no acierto,  
Comprando mi placer con mi riqueza,  
¿No se aprovechará de mi torpeza  
Otro mas listo cuando me haya muerto?  
¡Adelante, Don Juan, viven los cielos!  
Menos dicen que son con pan los duelos.  
No pasemos la vida  
En llorar como imbéciles mugeres :  
La riqueza gocemos adquirida  
Y hagamos amistad con los placeres. »  
Y aquí Don Juan, soltando de repente  
Ruidosa carcajada  
Que sin duda escitada  
Fue por recuerdo que acudió á su mente,  
Significó diciendo : « Y en verdad que ahora  
Pillaré descuidada  
A mi antigua Sirena encantadora.  
Vaya, vaya, Don Juan, duelos aparte  
Y vamos á Madrid, donde á esperarte  
Saldrá sin duda alguna  
Con los brazos abiertos la fortuna.  
¡Madrid, sitio á propósito  
Para amorosos y reñidos lances,  
De petardos y cábalas depósito,  
Y tela de aventuras y perances !  
Vámonos á Madrid ; es un capricho,  
Mas mi padre perdone  
Que á Palencia heredándole abandone,  
Que Madrid es mi patria, y está dicho.  
Damian, en este punto  
Los caballos ensilla,

De la turba descontenta.  
Tornóse el ceño en sonrisa,  
En cortesía la befa,  
En rendimiento el desden  
Y la repulsa en ofertas.  
Y en fin, el poder que el mozo  
Tener en la corte muestra  
Cambió en baja adulacion  
La ojeriza golillesca;  
Mas él despues de humillarlos  
Dióles no mas por respuesta  
De alcalde de casa y corte  
La que recibió real cédula.  
Pues rico en merecimientos,  
Con tamañas escelencias  
Obtuvo ó compró una toga  
Y grande fama con ella.  
Dióse con brio á las leyes,  
Y aunque legislaba á tientas,  
Dió brujas al santo oficio  
Y vagos á las galeras.  
Dióle ademas la manía  
Para adquirir pronta y buena  
Fama en la corte, de hacer  
En las mozas una leva.  
Fchó pues infatigable  
Tras damas de vida incierta  
Que tienen por mayorazgos  
Lo que de vivos heredan :  
Para lo cual de alguaciles  
Tenia en campaña puesta  
Multiplicada falange  
En tales ojeos diestra.

Mas aunque asaz blasonaba  
De rectitud justiciara,  
Y andaba en continuo acecho  
Con astuta diligencia,  
Del vulgo siempre maligno  
Murmuraban malas lenguas  
Que dejaba las bonitas  
Y desterraba las feas.  
Mas esto alababan otros,  
Esponiendo en su defensa  
Que así atendia celoso  
De la corte á la belleza.  
Y andaba en esto muy justo,  
Pues la hermosura completa  
Cuanto hay necesario y útil  
En esta vida terrena.  
¡Pero lo que son las cosas  
De mezquindad y de tierra !  
La que mas firme parece  
Por fragilidad se quiebra.  
Este Don Lope, que espanto  
De las cortesanas era,  
Su oro g\*staba en secreto  
Pródigamente con ellas.  
Y á pesar de su faz torva,

De su voz ronca y severa,  
Y de su amor á las leyes  
Y timorata conciencia,  
Se le bailaban los ojos  
Al dar con una mozueta  
Morenilla y vivaracha,  
Desenfadada y resuelta :  
Y como hiciese su encuentro  
Por alguna callejuela  
Escusada y solitaria,  
Fingiéndole tomar las señas  
De cualquier casa, tendía  
Por el embozo tras ella  
Los encandilados ojos,  
Y ¡ qué cintura ! ¡ qué pierna !  
¡ Qué rizo tan bien tirado  
Alrededor de la oreja...  
Qué de perfecciones lindas  
En la vision pasajera !  
Mas no eran todas las gracias  
Del jóven golilla estas :  
Había otra que era en él  
Costumbre y pasion violenta.  
Un vicio que conservaba  
Allá de su edad primera,  
Debilidad ya de antiguo  
A la noble gente aneja.  
Que era el amor desmedido  
A las damas de comedia,  
Y en su falta á las graciosas,  
Ademas de las boleras.  
Porque siempre apetece  
Lo que mas lejos se muestra,  
Lo que menos encontramos  
Que á nosotros se asemeja,  
Lo de que entendemos menos  
Costumbre ó naturaleza.  
Por lo que vemos continuo  
Conjunciones tan diversas,  
Y voluntades tan locas  
Por las cosas mas opuestas,  
Como enanos por caballos,  
Y robustos por recetas,  
Y jorobadas por bailes,  
Y los pobres por apuestas;  
Y duques por bailarinas,  
Y por payasos duquesas.  
Que hay quien gusta de unas caras  
Barnizadas como puertas,  
Y á merced del albayalde  
Hechas blancas de morenas,  
Y de unos ojos que brillan  
Bajo dos postizas cejas,  
Y de unos ahuecadores  
Convertidos en caderas,  
Y de unos rizos espesos  
Añadidos con destreza,  
Y de un punto de que el sastre

orma pechos, brazos, piernas,  
Y cinturas á su gusto  
Y al de la flaca ó la gruesa,  
Y da académicas formas  
A gente de alambres hecha.  
¡ Qué diablos ! cada cual halla  
Donde quiere la belleza,  
Y todo es farsa en el mundo  
Como dice la comedia.

Y si á Don Lope esto agrada  
¿ A quién su gusto interesa ?  
Al cabo con ellas anda  
Trastornada la cabeza.  
¡ Qué pié tiene la Felisa !  
¡ Qué mirada la Lucrecia !  
¡ Qué movimientos Aurora !  
¡ Y qué voz la Berenguela !  
Pero sobre todas Diana,  
Y sobre Diana Sirena.  
¡ Qué gracia en la pantomima !  
¡ Qué rapidez en las vueltas !  
¡ Y qué garganta ! ¡ y qué todo !...  
Desde el momento de verla  
Con la vara y la golilla  
El buen Don Lope dió en tierra :  
¡ Y qué diablos hay que hacer !  
Somos hijos de flaqueza,  
Las tentaciones son graves,  
Y son cortas nuestras fuerzas.  
Cerró Don Lope los ojos,  
Y tomadas sus secretas  
Medidas, abrió sus arcas  
A la danzante hechicera.  
Cruzáronse para el caso  
Dos virtuosísimas dueñas  
Corredoras de placeres,  
Y lebreles de monedas :  
Y en fin por pasos contados,  
Y por doblones sin cuenta,  
Llegó el juez hasta las plantas  
De la bailarina bella.  
Tanto mas, cuanto que á ser  
La cosa de otra manera  
Hubiera bailado un solo  
Con música de la empresa.  
Pues los golillas de entonces  
En un dos por tres pudieran  
Hacer de un corchete un santo,  
Y un testigo de una piedra.  
En tal estado se hallaban  
Los asuntos de Sirena  
Con Don Lope, el visitándola  
Y recibíendole ella,  
Cuando una noche, á deshora  
Y estando de sobrecena  
Cruzándose las sonrisas  
Por detrás de las botellas  
En el mas dulce coloquio,

Del aposento la puerta  
Se abrió repentinamente  
Y entróse Don Juan por ella.  
Y diciendo *buenas noches*,  
*Señores*, y echando á tierra  
Capa y chambergo, sentóse  
Sin ceremonia á la mesa.  
Quedaron los tres mirándose,  
Descolorida Sirena,  
Don Juan con franco descaro  
Y receloso Aguilera.  
Así estuvieron un punto  
Y sin comprender apenas  
Don Lope y la bailarina  
Del de Alarcon la presencia,  
Hasta que una carcajada  
De este, á todo trapo suelta,  
Cambió del todo por último  
La situacion de la escena.  
Cesó de reir Don Juan  
Y dijo de esta manera :  
Cada cual dando á su tiempo  
A sus palabras respuesta.

*D. Juan.* Sepamos con quien se habla,  
Señor hidalgo. En Palencia  
Soy yo Don Juan de Alarcon.

¿ Quién sois vos en esta tierra ?

*D. Lope.* Ya hidalgo me habeis llamado.

*D. Juan.* No tengo aun mas que sospechas  
De que sois tal por el traje  
Y vuestra barba de á terciá.  
Mas no es esa la pregunta :  
Alrededor de esta mesa,  
¿ Qué nombre usa su merced,  
Sea en otra parte quien sea ?  
Mas veo que os recatais  
Y os haré la delantera,  
Que es bien que antes os entere  
De lo que acontece. Sepa  
Pues, señor mio, que asuntos  
De mi familia y hacienda  
Me obligaron de esta casa  
A hacer una corta ausencia.  
Ahora bien, sin mas rodeos,  
Pues veis que he dado la vuelta,  
El caso es que aquí sobra uno.  
¿ Quién pues se va, y quien se queda ?  
Si es que comprais declaremos  
Nuestra posesion en venta ;  
Si lo debeis á la suerte,  
La suerte entre ambos resuelva,  
Y ó al que le toque la pierda,  
O quien dé mas se la lleva.  
O de quererla los dos  
Espada en mano, y afuera.  
Elegid.

El juez que en tante

Todas sus razones pesa  
Y en todo evento prefere  
No dar razon de quien sea,  
Dijo : « Convengo en tirarlo  
Al azar.

— En hora buena. »

Y echando Don Juan al punto  
La mano á las faldriqueras  
Dijo al sacarla : « Veamos,  
Yo dejo el puesto si acierta.  
¿Hay pares ó nones?

— Pares.

— Contad pues esas monedas, »  
Y echó Don Juan en un plato  
Nueve onzas en nueve piezas.  
« Perdí, » dijo el juez, y el otro  
Que adivina lo que piensa,  
Dijole : « Meted espadas

Si los oros no os contentan.

— A poder en este instante  
¡Juro á Dios que las metiera!

— ¿Qué inconveniente teneis?

Declaradlo con franqueza,  
Que aunque siempre estoy á punto  
De empezar una quimera,  
Cuando me señalan plazo  
Ninguno me mete priesa. »

Miróle el juez de soslayo,  
Y por bajo de las cejas  
Chispeándole los ojos,  
Tomó á espacio la escalera.  
Oyéronse sus pisadas  
Irse alejando por ella,  
Y oyósele alzar la aldaba  
Y el golpe que dió en la puerta.

*Sirena.* ¡ Señor Don Juan, qué habeis hecho!  
Todo lo habemos perdido.

*D. Juan.* ¿Pues quién es? ¿es tu marido?

*Sirena.* No.

*D. Juan.* Pues justo es mi derecho.

Ya vistas que le propuse

Para adquirirse tu amor,

Azar, dinero y valor:

No hay pues de que se me acuse.

*Sirena.* ¡Ay, Don Juan, que lleva ese  
hombre

La intencion mas depravada!

*D. Juan.* ¿Acaso estoy sin espada?

*Sirena.* Cuando yo os diga su nombre

Temblareis.

*D. Juan.* ¿Su nombre acaso

Es un volcan ó una mina,

Que está ardiendo á la sordina

Y esperando nuestro paso?

*Sirena.* Ese hombre á quien provocais

Es el alcalde Aguilera.

*D. Juan.* No me parece una fiera.

*Sirena.* ¡Ay de vos si con él dais!

*D. Juan.* ¡Y ay dél si conmigo dai!

Mas niñerías aparte,

Puesto que vuelvo á encontrarte,

Di, niña, ¿cómo te va?

— Bien, ¿y á vos?

— Famosamente.

— ¿Y Margarita?

— No sé.

¡Vive Cristo! ni quién fué

La tal muger.

— Bravamente.

¿Y Don Gonzalo?

— ¡Buen lance

El suyo! ¡y qué bien riñó!

Mas para otro mundo echó,

Y ya el diablo que le alcance.

— ¿Le matásteis?

— ¿Y qué hacer?

Se empeñó en hallar venganza

A causa sin esperanza,

¡Qué habia de suceder!

— ¡Pobre muchacho!

— ¡Eh! dejemos

En paz á quien ya no existe,

Y que no llegue lo triste,

*Sirena,* á tales estremes.

¿Qué te importa Don Gonzalo?

Mientras yo contigo esté

Paréceme por mi fé

Que no va el mundo tan malo.

Bebe, y levanta esos ojos

A la luz de la bujía,

Volvamos á nuestra orgía,

Y... echemos estos cerrojos

Por si acaso.

— Y esto hablando

Don Juan, cerró bien las puertas,

Llenó su vaso, y... no pudo

Mas alcanzarse de afuera.

Porque sin duda cansado

Del viaje, abrevió la cena,

Y en brazos cayó del sueño

Tras de poca resistencia.

—

Apenas las nueve daban

De la mañana siguiente,

Y Don Juan con la *Sirena*

En pláticas bien alegres

Concluido el desayuno

Estaban entreteniéndose,

Cuando interrumpió su gozo

Inesperado accidente.

Pálida y despavorida

Llegó la doncella *Irene*

Diciendo : « ¡ Señor, salvaos!

— ¿Qué dices, loca?

— Que vienen

A prenderos.

— ¿A mí?

— A vos.

Y os acusan de una muerte

Hecha en esta misma calle.

— *Sirena,* ¿qué enredo es este?

— ¡Ay! ¡huid, Don Juan, huid!

Y no estrañeis que os recuerde

La muerte de Don Gonzalo.

— ¡Vive Dios!

— Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.

— ¡El! ¡por vida mia! ¡que entre!

— Ved que son muchos.

— No importa.

— Por Dios, Don Juan.

— ¡Bah! tenerse

Siempre á mi espalda y dejarlos. »

Y asiendo bizarramente

Su larga espada Don Juan,

A abrirles la puerta fuése.

Presentóse en ella al punto

Don Lope con sus lebreles,

Y grande acompañamiento

De curiosos y de gentes,

Y en sus miradas de triunfo

Bien claro Don Juan advierte

El poder que la venganza

Dentro de su pecho ejerce.

Pero no es hombre Don Juan

Que á nadie en orgullo cede,

Y así con desden altivo

Aguarda á que el juez empiece;

El cual con sonrisa doble,

Que hartó á burla se parece,

De esta manera le dice,

Y Don Juan á él de esta suerte :

« — ¿Quién es Don Juan de Alarcon ?

— Yo soy, buen hombre, ¿qué quiere?

— Que se dé al rey.

— ¿Con qué causa?

— Hoy su Magestad pretende

Que en un sillón duradero

En su presencia se siente.

— Pues dadle al rey muchas gracias,

Que yo no quiero de reyes

Mas que los bustos que corren

En sus monedas.

— No intente,

Señor galan, resistirse,

Que en sangre teñidas tiene

Las manos, y de un tal Bustos

He sido yo algo pariente.

— ¡Hola! ¿Sabeis esa historia,

Y esa sangre os pertenece?

Pues no intenteis, seor golilla,

Que con la vuestra se mezcle,

Porque quien vertió la una

A verter otra se atreve.

— ¡Ea, mancebo, ya basta!

¡Espada y persona entregue,

O vive Dios!...

— Nora buena,

Por ella quien guste llegue,

Que por el puño la tengo.

— Pues á él, ministros, prendedle.

— Pues, señor juez, adelante,

Y salga lo que saliere. »

Así diciendo Don Juan

Con la cuadrilla arremete,

Sentando en ella sin tino

Estocadas y reveses.

En vano se le antepone

Densa nube de corchetes,

De escribanos y testigos,

Él tira siempre de frente,

Y en dos minutos despeja

De bultos el gabinete,

Y huye espantada la turba,

Al rey invocando siempre.

Desmayóse la *Sirena,*

Rompió en clamores la *Irene,*

Y en un momento en la calle

Se arremolinó la gente.

Rejas y balcones se abren

Al ruido, y todos haciéndose

Pregunta sobre pregunta,

Mas todos sin entenderse.

Quien huye despavorido

Sin saber de lo que teme,

Quien oye estúpido y mira,

Quien bravea sin moverse

Desde la calle entre tanto,

Que nada ve ni comprende.

Ayes y votos se escuchan,

Estoques por alto vense,

Y bocas abiertas dando

Ordenes que nadie atiende.

Miran todos á la casa

Por fuera de las paredes,

Como si á través pudieran

Ver lo que dentro sucede,

Y el dintel los alguaciles

A pasar sin atreverse

Se desgañitan de miedo,

Y al auditorio ensordecen.

Al fin por sobre el gentío

Viéronse llegar ginetes

Atropellando la turba

Y armados hasta los dientes.

Doblaron los alguaciles

Sus roncas voces al verles,

Y oyéronse maldiciones

De la magullada plebe.

Y en tanto en una antesala

Don Juan esgrime y revuelve  
 Contra tres que cara le hacen  
 Con el juez que se defiende;  
 Pues insultado Aguilera  
 Por él, y mojado al verse,  
 Tiró el baston y echó mano  
 Al estoque bravamente.  
 Mas es muy diestro Don Juan  
 Y en tal posicion se tiene,  
 Que espada y daga empuñando  
 De tal modo les ofende,  
 Que no desperdicia un golpe  
 Ni un pié de terreno pierde.  
 Da, cia, pára, se cubre,  
 Amaga, recibe, vuelve,  
 Al uno tira de punta,  
 Al otro á revés le hiere,  
 Y al fin con un doble amago  
 Al de Aguilera sorprende,  
 Y en la tetilla derecha  
 Honda estocada le mete.  
 Cayó Don Lope y los otros  
 Que por él lidian, al verle  
 Doblaron contra Don Juan  
 Con rabia, aunque inútil siempre.  
 Pues él que ve su venganza  
 Cumplida, y abajo siente  
 Caballos, tal les acosa,  
 Que al uno le desguarnea,  
 Derriba al de la derecha,  
 Y sobre el tercero llueve  
 Tal tropel de cintarazos,  
 Y con voz tan insolente  
 Les insulta y les confunde,  
 Que aturdidos los pobretes  
 Huyeron al fin mohinos  
 Y zurrados malamente.  
 Entonces Don Juan, que nunca  
 Su peligro desatiende  
 Ni pierde el tino en su ira,  
 Con mano asaz diligente  
 Cerró las puertas, y astuto  
 Buscó balcon que cayese  
 A otra calle, y por las rejas  
 Descolgóse osadamente.  
 Gritó un hombre que pasaba,  
 Pero no pudo dos veces,  
 Porque Don Juan levantándose  
 Tendióle de un golpe inerme.  
 Miró, y eligió camino,  
 Se embozó bien, y metiéndose  
 Por una calle escusada,  
 Para su posada fuése.  
 Tomó el caballo en que vino,  
 Salió de Toledo al puente  
 Y echó á escape, encomendándose  
 A su brio y á su suerte.  
 Echó la justicia mano

De Sirena y de la gente  
 Que halló en su casa; crecieron  
 Los procesos como peste,  
 Y concluyóse la causa  
 Al concluir nueve meses,  
 Y en ella los que quedaron  
 Pagaron por los ausentes.  
 Del juez y de Don Gonzalo  
 Las averiguadas muertes  
 En una sola sentencia  
 Se vengaron de esta suerte:  
 Condenóse allí á Don Juan  
 A morir, si se le hubiere:  
 Mas nadie pensó en buscarle,  
 Como continuo acontece.  
 A Sirena por diez años  
 A reclusion, y por siete  
 A la criada, mandando  
 Que al de Aguilera lo entierren.

Con que se salva quien corre,  
 Y acierta quien se defiende,  
 Y está visto, la fortuna  
 Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente  
 Tras la llanura azul del mar tranquilo,  
 Dando sitio á la noche, que imprudente  
 Presta con sus tinieblas igualmente  
 Al crimen manto y al dolor asilo.

Y allá en ocaso al espirar el dia  
 Con su postrera luz reverberaba,  
 Y del inquieto mar se despedía,  
 Y de la tierra que á lo lejos via  
 Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta  
 Blanqueando débilmente entre la bruma,  
 Sentada á flor del agua turbulenta,  
 Como queda despues de la tormenta  
 Témpano errante de perdida espuma.

Y aun se podian distinguir apenas  
 Los altos y movibles masteleros  
 Por cima y en redor de sus almenas,  
 Y en alas de las ráfagas serenas  
 La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso  
 Tragó la luz de la amarilla luna,  
 Cuando en cóncavo són tronó improviso  
 Cañonazo de leva, ronco aviso  
 De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela  
 Abandonando el puerto prontamente,  
 A par del viento favorable vuela,  
 Y á la luz clara que en la mar riela  
 Se la mira vogar tranquilamente.

## IV.

Fuése á Italia Don Juan, lector querido,  
 Y aquí cierra su historia su cronista,  
 Que seguirle hasta Italia no ha podido;  
 Lo cual, bien sabe Dios, que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia  
 Acabar en un viaje  
 La vida y la memoria  
 De su mas importante personaje.  
 Decir que llegó á Italia, como dice,  
 Sin añadir mas dél, es un esceso  
 De historiador sin seso;  
 Porque si al menos naufragar le hiciera,  
 Bien la historia en naufragio concluyera.  
 Pero solo nos dijo

A Italia fué, de donde yo colijo  
 Que fué este historiador un calavera.  
 Yo que ¡oh lector! tus intereses miro,  
 Y á darte gusto aspiro,  
 Tras el fin de Don Juan un año anduve  
 Crónicas y memorias registrando,  
 Manuscritos y sabios consultando,  
 Mas nada de Don Juan á manos hube.  
 Hasta que al fin pasando por fortuna,  
 Y há poco por Palencia,  
 Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,  
 En cuya casa por mi buen consejo  
 Me hospedé aquella noche,  
 Me contó como cosa verdadera,  
 Y por los ojos de su abuelo vista,  
 Una historia, que á fé que si no era  
 De Don Juan de Alarcon, servir pudiera  
 Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,  
 Con lo que el cuento de Don Juan concluyo,  
 Y aunque de su verdad no desconfio,  
 A Dios plazca, ¡oh lector! que como al mio  
 Concluya mi Don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado  
 Del bravo Don Juan la ausencia,  
 Y su memoria en Palencia  
 Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España  
 Vivió, habianse vendido  
 Sus bienes que habian venido  
 A manos de gente estraña.

Y en fin, el mozo espatriado  
 U oculto, no pareciendo,  
 Fué poco á poco perdiendo  
 La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores  
 Que en toda la tierra habia,  
 Está claro que tendria  
 Infinitos compradores.

A Italia va. Dichosos los que aguardan  
 A su playa feliz llegar en ella,  
 Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan  
 Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va : pais de los placeres,  
 Encantado vergel rico de flores,  
 Vivienda de hermosisimas mugeres,  
 Pátria feraz del genio y los amores.

A Italia va Don Juan, ¿á dónde iria  
 El osado y amante pendenciero,  
 A prolongar su interminable orgia  
 Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia si, porque en Italia mora  
 El amor, la molicie y la pereza;  
 A Italia, si, donde el placer se adora  
 Altares levantando á la belleza.

A Italia va Don Juan. ¡Cuánta esperanza,  
 Cuánta ilusion de amor y de ventura,  
 Lleva en su corazon, que nunca alcanza  
 Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,  
 Atrás los muertos que dejó lidiando,  
 Mas la suerte con él marcha propicia  
 Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?  
 Ya sus nombres le son desconocidos:  
 Su amor y sus encantos se perdieron  
 Un momento despues de conseguidos.

A Italia va Don Juan. La España toda  
 Llena tras él de su memoria queda,  
 Solo volver á España le acomoda  
 Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

« Mientras es jóven, dice, mientras lleve  
 « Deseo el corazon y oro el bolsillo,  
 « Lanzarse el hombre á los deleites debe  
 « Del sol de su fortuna al falso brillo.

« El placer es mi Dios; mi alma desea  
 « Para solo gozar larga la vida;  
 « Cuando sin oro y sin placer la vea,  
 « Como una inútil prenda envejecida  
 « Con estóica calma indiferente  
 « Despojaréme de ella, convencido  
 « De que al que un aura de placer no aliente  
 « Le debe de bastar lo que ha vivido. »

Tal es Don Juan y tal el pensamiento  
 Que á la risueña Italia le conduce;  
 Reñir, amar, beber, hé aquí su intento;  
 Gozar solo es vivir, de ello deduce.

A Italia va Don Juan; ¿y á donde iria  
 En verdad el amante pendenciero  
 A prolongar su interminable orgia  
 Y á gastar su existencia y su dinero?